Globethics Repository



Economía política, globalización y comunicación [Political economy, globalization and communication]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Siqueira Bolaño, César R.
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-12 15:44:24
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219583

Nueva Sociedad Nro. 140 Noviembre - Diciembre 1995, pp. p138-153

Economía política, globalización y comunicación

César R. Siqueira Bolaño

César Ricardo Siqueira Bolaño: economista brasileño especialista en comunicación; director del Centro de Estudios Internacionales de la Universidad Federal de Sergipe, Sâo Cristovâo.

Resumen:
La llamada globalización es un elemento de la actual transformación del sistema capitalista a nivel mundial que tomada aisladamente, o desde una perspectiva uni-disciplinar, forma parte del orden de la ideología neoliberal. Sobre este punto, la economía política marxiana y, en particular, la economía de la comunicación y de la cultura en su versión crítica, pueden dar una contribución importante para evitar una fetichización del fenómeno.

Siete tendencias principales de la economía mundial se destacan según Luciano Coutinho en los años 90, efectos de la expansión del avance electrónico, base de la llamada tercera revolución industrial:

> 1) el peso creciente del avance electrónico; 2) un nuevo paradigma de producción industrial –la automatización integrada flexible–; 3) la revolución en los procesos de trabajo; 4) la transformación de las estructuras y estrategias empresariales; 5) las nuevas bases de competitividad; 6) la «globalización» como forma de profundizar la internacionalización; y 7) las «alianzas tecnológicas» como nueva forma de competencia (Coutinho, p. 71).

En lo que se refiere a la sexta tendencia, que nos interesa especialmente el autor aclara que «dejando de lado el sentido impreciso y vago que, con el pretexto de la 'creciente interdependencia' y de la 'caída generalizada de las barreras económicas' promueve la apertura irrestricta de las economías nacionales a los flujos de inversión, comercio y tecnología» (ibíd., p. 81), la ideología de la globalización se trata, más bien, de una etapa más del proceso de internacionalización a lo largo de los años 80, caracterizada por tres puntos: a) «un intenso proceso de interpenetración patrimonial entre las grandes burguesías industriales y financieras de las principales economías capitalistas, como efecto de la creciente interconexión de los mercados cambiarios, financieros, de títulos y valores, con el objetivo de estimular los flujos compensatorios de capitales necesarios al financiamiento de los países crónicamente deficitarios, especialmente Estados Unidos» (ibíd., p. 81); b) formación de oligopolios

internacionales en varias industrias importantes (como la automovilística, farmacéutica, electrónica de consumo) lo que no es más que la profundización, facilitada por la situación referida en el ítem anterior, de la internacionalización competitiva de los grandes capitales americanos, europeos y japoneses que, desde fines de los años 70, apuntaba a la concentración de la competencia mundial en manos de pocas empresas; c) «estructuración de sofisticadas redes globales informatizadas de gestión *on line,* dentro de empresas multinacionales o de empresas de alta tecnología en proceso de internacionalización, que permiten la puesta en práctica de varias formas de *sourcing* global»[1].

Es evidente que esa estructuración de redes telemáticas globales en las grandes empresas es consecuencia de la propia internacionalización financiera y productiva aludida en los puntos a) y b). En cualquier caso, la base para esos desarrollos es la notable expansión de las telecomunicaciones y de los grandes sistemas de procesamiento, almacenamiento y transmisión de información que se arrastran con la estela de la revolución microelectrónica, responsable principal de la transformación tecnológica en curso.

Hay dos factores de orden técnico que afectan los sistemas de telecomunicaciones creando, además, presiones para el cambio del modelo de monopolio público dominante en Europa hasta la década de los 80: el desarrollo de la telemática y la ampliación del número de sistemas de distribución alternativos (satélites de difusión directa, sistemas de banda larga, fibras ópticas, micro-ondas). Todo esto abre la posibilidad de ingreso de nuevos agentes en el sector, al permitir la oferta de una gama enorme de servicios, tanto de uso doméstico como empresarial. Garnham apunta un tercer factor responsable de la desregulación: el desarrollo, en la práctica de los negocios, de operaciones transnacionales y multi-planta y, en especial, la internacionalización del sector financiero, que transforman las telecomunicaciones en un recurso absolutamente prioritario para las

[1] Para suplemento de precios y componentes con patrones y de materias primas, para detección de las preferencias y de las características de los mercados consumidores, o de *sourcing* de conocimientos tecnológicos, incluyendo recursos humanos calificados. «El *Sourcing* tecnológico ha sido entendido como causa principal de la descentralización restringida de las actividades de I y D de las grandes empresas que establecen centros de investigación en países donde la base científica y tecnológica es avanzada para que funcionen como «ventanas» de acceso a las innovaciones emergentes. Esas ventanas pueden funcionar, en ciertas oportunidades, como «puestos de vigilancia» para detectar las trayectorias tecnológicas de empresas rivales y explorar la posibilidad de tendencias de imitación, para evitar que un competidor alcance una distancia significativa en un campo determinado. El *sourcing* tecnológico es relevante, además, para el cúmulo de conocimientos de tecnología de producción: el intercambio de métodos, técnicas y formas de organizarla producción con rendimiento superior, inclusive a través de la rotación internacional de la fuerza de trabajo calificada, portadora de estos conocimientos» (Coutinho, p. 83).

empresas, tanto en lo que se refiere a los costos como a la eficiencia y la competitividad de la empresa (Garnham 1985, p. 139 y ss.). Hay todavía un cuarto elemento, de orden estratégico, que debe enfatizarse. Según este autor, la estrecha relación entre los monopolios nacionales de explotación y las industrias nacionales de equipos, responsable del eficiente desarrollo del sector en el pasado, se fue volviendo cada vez más problemática ante el aumento de los costos de investigación y desarrollo, lo que hace a los mercados domésticos insuficientes para la amortización de la inversión necesaria[2]. Podemos interpretar esas observaciones de Garnham a nuestro modo, y decir que las transformaciones macroeconómicas y macrosociales que ocurren en este momento a nivel mundial convierten al sector de las comunicaciones y especialmente a las telecomunicaciones –en un elemento central para la rearticulación del patrón de desarrollo capitalista (tercer factor), ya que tales transformaciones están acompañadas de cambios de orden tecnológico (primer y segundo factor) y económico que obligan a cada actor individual (empresas y Estado especialmente) a modificar estrategias y encontrar nuevas alianzas (cuarto factor). En el camino hacia el tercer milenio, cada competidor busca su propia alternativa. El proceso global se ha traducido en una importante apertura a la competencia y en transformaciones profundas en los modelos nacionales de regulación de las telecomunicaciones. Estados Unidos encabeza esas transformaciones y el proceso que se desencadenó allí a partir de 1984 puede tomarse no como un quinto factor sino como una especie de determinante en primera instancia de los cambios que se van a procesar inmediatamente en Europa. El elemento central que desencadena todo el proceso es el desmembramiento de ATT, que rompe el equilibrio del sistema internacional hasta entonces dominante que garantizaba los monopolios nacionales públicos y privados de las telecomunicaciones.

Lo que interesa resaltar es la existencia de una fuerte correlación entre los movimientos de globalización de la economía y los de cambio estructural de los sistemas de comunicación, comenzando por la red mundial de telecomunicaciones. Pierre Musso habla de una tendencia a la construcción de una nueva «economía-mundo», en el sentido braudeliano («un espacio geográfico delimitado que dispone de un centro en torno del cual se ordenan zonas intermediarias sucesivas») que asocia a América del Norte con Europa y Japón. La solución interna encontrada por ATT en EE.UU. es, para el autor, un tipo de micro-dislocamiento que provoca macro-transformaciones a nivel internacional. Así, un elemento central en

[2] Esa situación llevó a los analistas industriales a prever que a mediados de los años 90 sólo tres compañías dominarán el mercado mundial de equipos de computación. La certeza de esa tendencia lleva, según Garnham, tanto a estrategias para la creación de un mercado unificado en el área por parte de la CEE, como a acuerdos bilaterales como el que existe entre Francia y Alemania en la provisión de teléfonos o entre Francia y Gran Bretaña en aparatos de computación digitales, como, finalmente, a los vínculos que ATT consiguió con firmas europeas, como Philips y Olivetti (Garnham 1985, p. 139 y ss.).

la constitución de esa nueva «economía-mundo» es la instalación que hizo la ATT de su Worldwide Intelligent Network, «constituida por comunicaciones a través de hilos submarinos de fibra óptica, transatlánticos ... y transpacíficos ... [que] permitirán ofrecer una gama de servicios de comunicación de empresa en el eje Estados Unidos-Japón-Europa» (Musso, 1989, p. 326).

En esas condiciones, el resultado del proceso de «trans-regulación»[3] en EE.UU. puede entenderse en los siguientes términos: «esa fuerza de choque ATT-IBM, desdoblada a escala internacional aparece a posteriori como una de las condiciones de consolidación» de la mencionada economía-mundo (ibíd., p. 327). Queda claro el carácter estratégico, crucial para los intereses americanos, que supone esta solución:

> Los dos grandes grupos americanos, ATT e IBM, estaban ausentes del mercado mundial de las telecomunicaciones; entran ahí de ahora en adelante con fuerza, poderosamente auxiliados por las presiones de Washington y por la baja del dólar. La administración Reagan, seguida por los liberales de todas las nacionalidades, hizo a partir de 1982 una verdadera campaña política en Europa, en Japón y en el Tercer Mundo sobre el tema... Para Washington, las telecomunicaciones, los datos y las imágenes, deben ser considerados como una mercancía como cualquier otra. Se les deben aplicar las reglas del libre intercambio y los Estados no pueden poner trabas a su libre circulación. El tema de la liberación de las franquicias fue entonces incorporado al orden del día del GATT (Giraud, p. 273).

Las ventajas de EE.UU. en el área son incuestionables, sea por el lado de la importancia de su mercado interno, sea, principalmente, por el peso tanto de sus constructores cuanto de sus exploradores de redes. Por este motivo, los norteamericanos han buscado con insistencia la exportación de su nuevo marco de regulación, forzando la liberalización en el resto del mundo, no sólo en el GAIT sino en todas las instancias internacionales.

Una fuerte correlación entre los movimientos de globalización de la economía y los de cambio estructural de los sistemas de comunicación.

Pero aunque esto es así, no se puede olvidar, por otro lado, que el paradigma del imperialismo es bastante limitado para explicar la situación actual y que la cuestión no se reduce en absoluto a lo que sucede con los intereses norteamericanos. Antes es preciso recordar que la interpenetración capitalista a gran escala apuntada arriba[4] «ha funcionado

---

[3] Una expresión más adecuada que desregulación ya que se trata de sustitución de un modelo de regulación sectorial por otro, con otras características, no necesariamente «menos regulado» ni menos reglamentado (ver también Bolaño 1992).

[4] Y que «puede visualizarse por la posición líquida 'deudora' del gran capital americano *vis à vis* sus competidores: esto es, el total de activos de propiedad norteamericana en el resto del mundo es, desde 1986, inferior al total de activos bajo control extranjero en Estados Unidos. Eso se debe, principalmente, a la gran influencia de inversiones japonesas y europeas en la economía norteamericana. Paralelamente, se efectuarán significativas inversiones japonesas en Europa» (Coutinho, p. 82).

como factor de aglutinación internacional de los intereses de las 'super-burguesías' nacionales»[5] a favor de las cuales –es bueno recordar marchan las actuales transformaciones del sistema, inclusive aquellas ligadas a la reducción relativa del poder del Estado y su redireccionamiento. La globalización es, ante todo, un movimiento del capital que aparece bajo el manto del llamado neoliberalismo, pero cuyo significado va más allá de esa mera apariencia que apenas traduce, a nivel ideológico, un cambio cultural mucho más profundo.

Ese movimiento de expansión, tan evidente en lo que se refiere, por ejemplo, al capital financiero o a la gran empresa oligopólica, suscita interrogantes sobre lo que sucederá en el campo de la cultura y de la comunicación en sentido estricto, en la medida en que el desarrollo de los megasistemas de información, creados para servir al proceso de acumulación del capital, es la base de una fuerte internacionalización de la industria cultural; internacionalización, por otro lado, que es su marca de origen aunque en ese sector siga habiendo trabas a la globalización mucho mayores que en los sectores anteriormente citados[6].

Podemos recurrir nuevamente a Garnham[7], fundador de lo que podríamos llamar la escuela inglesa de la economía de la comunicación y de la cultura[8], para situar correctamente la problemática general de la industria

---

[5] «Por ejemplo, un 'desmoronamiento' del mercado de capitales o del mercado financiero norteamericano no sólo afecta a la burguesía de los Estados Unidos sino también impone pérdidas significativas a los grandes capitalistas japoneses y europeos que tienen parte no despreciable de la propiedad de esos activos en aquel país. Una hipótesis que debe investigarse, respecto de las fuerzas que actúan por detrás de la cooperación y coordinación de las políticas económicas entre las principales economías capitalistas (la mayor en los últimos años), tal vez tenga origen en el avance de la interpretación patrimonial arriba descripta» (Coutinho, p. 82).

[6] Es por eso que Ortiz se ve obligado a distinguir los términos 'global' y 'mundial': «Emplearé el primero cuando me refiera a procesos económicos y tecnológicos, pero reservaré la idea de mundialización para el dominio específico de la cultura. La categoría 'mundo' se encuentra así articulada a las dos dimensiones. Ella se vincula primero al movimiento de globalización de las sociedades pero significa también una 'visión del mundo', un universo simbólico específico a la civilización actual. En ese sentido, ella convive con otras visiones del mundo, estableciendo jerarquías entre ellas, conflictos y acomodaciones. Por eso, prefiero decir que el inglés es una 'lengua mundial'. Su transversalidad revela y expresa la globalización de la vida moderna; su mundialidad preserva los otros idiomas en el interior de ese espacio transglósico» (Ortiz, p. 29).

[7] Su artículo «Contribution to a Political Economy of Mass Communication». Fue publicado por primera vez en 1979 b, aunque una versión preliminar más breve había aparecido en enero de ese año en la revista italiana *Ikon* bajo el título «La culture comme merce» (1979 a), publicada posteriormente en la citadísima colección de Richeri. Por comodidad usaré aquí los dos artículos, el primero de ellos en su versión más reciente que incluye un post-scriptum sobre 'la economía del tiempo', además de otro artículo (1990) que el autor incluyó en una especie de introducción a su libro de 1990 donde se encuentra también el importante artículo sobre Bourdieu escrito en sociedad con Raymond Williams.

[8] Además del grupo que se articula en torno a la revista *Media, Culture and Society* entre los que se destacan Garnham, Schlessinger y Curran, no se podría olvidar a autores

cultural. Garnham parte de una crítica a la insuficiencia de los abordajes marxistas convencionales al tema de los medios de comunicación de masas, dirigida muy explícitamente a Miliband, que encara los medios como un instrumento de manipulación ideológica al servicio de la clase en el poder (que los utiliza directamente o a través del Estado); pero su crítica alcanza también a la posición althusseriana que –para el autor– no representa ningún progreso en relación al funcionalismo simplista del primero. El error de ambos estaría en una aceptación no problemática del modelo de estructura y superestructura procedente, según Garnham, de una lectura parcial de *La ideología alemana* que, al rechazar el economicismo, acaba por proponer una autonomía de la superestructura y, dentro de ella, de los niveles político e ideológico, que llega a eliminar en mayor o menor medida la dimensión económica del problema[9]. Esas perspectivas desarrollarían correctamente las «intuiciones» de la Escuela de Frankfurt sobre la importancia de la superestructura y de la mediación, pero prescinden de un elemento crucial de la formulación original de Adorno y Horkheimer:

> En el capitalismo monopolista la superestructura se industrializa, es invadida por la estructura y la distinción entre estructura y superestructura no es respetada, pero no (como tienden a pensar los post-althusserianos) porque la estructura se haya transformado en un nuevo discurso superestructural autónomo, sino porque la superestructura es englobada por la estructural[10]... La debilidad real de la posición de la Escuela de Frankfurt no radicaba en el hecho de que sus representantes no

---

como Murdock y Golding. En verdad, no hay diferencias fundamentales entre el grupo de esa revista y el de los economistas franceses en lo que se refiere a la caracterización de la producción cultural e, incluso, a la distinción entre editorial y *flot,* adoptada, por ejemplo, por Collins, Garnham y Locksley en un interesante libro sobre la televisión británica (1988), en el cual hacen referencia a los trabajos de Flichy y del grupo de Miège a ese respecto. Para una discusión relativamente exhaustiva de la escuela francesa, ver Bolaño 1993.

[9] Nótese que el autor no niega la metáfora de base y superestructura. Sólo que la adopta en términos diferentes de los de Miliband y Althusser. Así, «la condición necesaria para una formación social capitalista es la existencia de un dominio más o menos universal de las relaciones sociales por la relación mercantil» (Garnham 1979, p. 22), afirmación que constituiría un postulado a la vez histórico y metodológico. Y más: «el postulado central del materialismo histórico es que el hombre, en cuanto organismo biológico, debe mantener un constante intercambio material con la naturaleza y es ese intercambio lo que se llama trabajo» (ibid.). Siendo así, aunque históricamente la relación entre trabajo y naturaleza esté cada vez más mediada, haciendo el análisis del modo de producción cada vez más complejo, no se altera el hecho de que «es solamente cuando ese trabajo produce más valor que se hace posible la búsqueda de otras formas de actividad humana. Así, la superestructura sigue siendo dependiente de, y determinada por, la base de producción material en ese sentido fundamental» (ibid.).

[10] Esa postura se volvió programática para el conjunto de la economía de la comunicación y de la cultura. Zallo, por ejemplo, retoma la idea de un adelgazamiento de la frontera entre infra y superestructura, afirmando que «la comunicación y la cultura forman parte cada vez más de la base productiva que sostiene el capitalismo avanzado», de modo que «fajas crecientes de trabajo improductivo se vuelven productivas por extensión del modo de producción capitalista y de los marcos de valorización del capital» (Zallo, p. 8 y ss.).

> concediesen la debida importancia a la estructura o a la economía sino en que no tenían suficientemente en cuenta la contradictoriedad de la naturaleza económica de los procesos observados por ellos, al punto de considerar la industrialización de la cultura como a-problemática y necesaria. Los que vinieron después, precisamente cuando criticaban a la Escuela de Frankfurt por la ausencia de un análisis concreto de clase ... paradójicamente multiplicaron aquel error original desarrollando sus teorías sobre la estabilidad de la superestructura (Garnham, 1979 a, p. 22 y ss.).[11]

De este modo, siguiendo la correcta intuición de los frankfurtianos, es necesario reconocer que los medios de comunicación de masa son entidades económicas que cumplen una función económica directa (producción y distribución de mercancías) y una función económica indirecta (publicidad) y que su característica en el capitalismo monopolista es la «instauración de un dominio político e ideológico a través de lo económico». La frase es lapidaria.

Si el hombre es un ser esencialmente social (un *communicating animal*), las estructuras sobre las cuales las relaciones humanas se establecen «son creadas y sustentadas por el intercambio de significados o de formas simbólicas»[12]. Un elemento crucial de la economía política de la comunicación y de la cultura reside, para el autor, en el hecho de que «todas las formas mediadas de comunicación involucran el uso de recursos materiales escasos y la movilización de competitividades y disposiciones que están ellas mismas determinadas» por el acceso a ese tipo de recursos y que «la comprensión que tenemos del mundo y, por tanto, nuestra habilidad para transformarlo, están a su vez determinadas por el modo en que se estructuran el acceso y el control sobre esos recursos escasos» (Garnham 1990, p. 6 y ss.)[13].

---

[11] La referencia a Frankfurt está ligada a una preocupación, que el autor explícita en un trabajo más reciente, por retomar el proyecto iluminista de entender y transformar el mundo de acuerdo con una perspectiva racionalista que coloca el destino de los hombres en sus propias manos, enfatizando los conceptos de progreso, historia, totalidad. Para el autor, el aspecto crucial del desarrollo del proyecto iluminista por el marxismo reside en la relación entre «el desarrollo de las condiciones materiales para la liberación del hombre» y «las condiciones simbólicas para la formulación y la realización del proyecto de liberación»(Garnham 1990, p. 5). La línea de razonamiento del autor a ese respecto es, más que la frankfurtiana, esencialmente habermasiana.

[12] Ese «proceso social general de producción, circulación y apropiación de formas simbólicas» es el que forma, para el autor, el campo específico de los *media studies* (Garnham 1990, p. 8 y ss).

[13] El desarrollo de las tecnologías de comunicación hace que la interacción cultural se dé esencialmente a través del acceso y control de esos recursos culturales escasos, movilizados por instituciones especializadas. El objeto de estudio de la economía de la comunicación y de la cultura debe ser, justamente, «la forma asumida por ese conjunto de procesos culturales especializados en el interior de las formaciones sociales capitalistas», sin olvidar que el propio intercambio de mercancías se basa en un «sistema institucionalizado de producción cultural, con una forma simbólica, el dinero» (Garnham 1990, p. 9 y ss.).

La cultura debe ser estudiada, desde el punto de vista del materialismo histórico, basándose en la distinción entre dos momentos diferentes pero relacionados. El primero lo analizan Marx y Engels en la «Ideología Alemana» con la expresión «control de los medios de producción mental». En este caso, la cultura es tomada como «un fenómeno superestructural en relación a modos no culturales de producción material, es decir, por un lado, la producción cultural hegemónica o dominante, pagada por la renta de los capitalistas y, por otro, una cultura obrera subordinada o de oposición, pagada por los salarios» (Garnham 1979 b, p. 32). A ese primer momento se agrega un segundo, característico del capitalismo monopolista, en que una cultura es ella misma parte de la producción material. Adorno y Horkheimer se refieren a este segundo momento, caracterizado por el control de los medios de producción cultural ejercido por el capital, cuando desarrollan la idea de la industrialización de la superestructura.

Garnham recuerda a Marx y discute un pasaje en que éste afirma que la producción capitalista de bienes culturales sólo es posible dentro de límites muy estrictos y relaciona algunos de los mecanismos utilizados para describir el problema[14], mostrando que todos ellos son limitados[15]. Marx obviamente no disponía de elementos para prever el surgimiento y

[14] El autor discute cinco medios principales: el *copyright* como forma de mercantilizar la información, el control del acceso al consumo, la obsolescencia planeada a través de la manipulación del tiempo, la «creación, embalaje y venta... de espacios para anunciantes» y el patrocinio público (Garnham 1979 b, p. 40). El análisis se aproxima mucho al de la aleatoriedad de la mercancía cultural apuntada por la escuela francesa (Bolaño 1993).

[15] La conclusión es que la naturaleza específica de la forma mercancía en la producción cultural lleva a un constante problema de realización y, entonces, a una presión en dos sentidos, tanto en dirección al financiamiento publicitario como al financiamiento estatal» (Garnham 1979b, p. 40). Más adelante, ya en el *post-scriptum* de 1990, el autor vuelve a la cuestión de la publicidad recordando de forma sencilla pero muy contundente un aspecto muchas veces menospreciado del problema: «no podemos mirar el desarrollo de la publicidad como algo meramente funcional para el capital en general sino también como una respuesta en el interior del propio sector de prensa para sus propios problemas de realización» (p. 48). Para Garnham, siempre que dejen de existir las condiciones necesarias para que la producción cultural tenga la capacidad de extraer el valor necesario a su reproducción (la existencia de capital excedente buscando oportunidades de valorización y, por otro lado, condiciones de rentabilidad suficientes en el sector cultural), la continuidad de los procesos culturales exigirá transferencias de recursos vía distribución de valor global, lo que se puede hacer por medio de capitalistas individuales, grupos, fundaciones, etc., o a través del Estado. Así «bajo el capitalismo, las formas dela producción cultural pueden ser proporcionadas tanto en la forma mercancía, como parte del proceso de acumulación de capital (ejemplo: discos) o como parte del proceso de realización de otros sectores de la economía capitalista (ejemplo: publicidad), o directamente a través de la renta de los capitalistas (ejemplo: patrocinio de las artes), o a través del Estado. Cada una de las formas de distribución del excedente para la esfera cultural afectará diferencialmente las formas a través de las cuales la clase dominante controla las formas de producción cultural. Diferentes contradicciones entrarán en juego, contradicciones que necesitan ser analizadas específicamente en cada caso.» (Garnham 1979 b, p. 42 y ss.).

la expansión de la producción capitalista de la cultura que, en el siglo XX, comienza a hacerse en gran escala. El hecho es que, desde su implantación, la lógica del capital extrapola progresivamente el campo de la producción material e invade todos los sectores de la vida. Con la industria cultural, el capital ingresa a la superestructura y la propia producción cultural adopta la forma de mercancía. Aun cuando se tratase de un fenómeno aislado su significado sería de todos modos fundamental porque, siendo capital, la industria cultural (un elemento del campo simbólico del capitalismo avanzado) lleva en sí misma la contradicción esencial de la forma capital[16]. Si bien este análisis no agota en absoluto la problemática de la cultura bajo el capitalismo, tampoco se puede decir que se trata de un fenómeno periférico, como parecía pensar Marx[17].

Así como la globalización no es otra cosa sino el auge de la internacionalización del capital monopolista, la industria cultural es el punto de partida para la constitución de una cultura capitalista mundial que se expande a partir de su matriz originaria (el cine americano), fruto ella misma de las posibilidades abiertas por el desarrollo previo de las técnicas de reproducción de las que hablaba Benjamin. Esa expansión es posible porque el sistema en su conjunto acabó por configurar, sobretodo después de la Segunda Guerra Mundial, un modo de regulación en el interior del cual la propaganda y la publicidad (esta última cada vez más predominante a partir de los años 60) tiene un papel fundamental para garantizar la legitimidad del Estado y para responder a ciertas necesidades del propio proceso de acumulación del capital (Bolaño 1993). En esas condiciones, la globalización productiva lleva necesariamente a la globalización de la publicidad y, con ella, de la cultura industrializada que le sirve de soporte.

La subordinación de la producción cultural a la lógica capitalista no es en absoluto ideológicamente neutra sino que está marcada por contradicciones de todo orden, que contraponen capital y Estado, capital y

---

[16] Ya tuve oportunidad (Bolaño, 1993) de formular una propuesta relativamente amplia de desarrollo de una teoría marxiana de la industria cultural, entendida como forma específicamente capitalista de producción cultural, dominante en la fase del llamado capitalismo monopolista.

[17] En el pasaje citado por Garnham, Marx habla de dos tipos de «producción no material»: una que resulta en mercancías que tienen una existencia separada del productor (libros, pinturas y otros tipos de productos artísticos) y otra cuyo producto no se separa del acto de producir. En este caso, cita el trabajo del médico y del profesor. En ambos casos, la producción capitalista sería posible sólo de modo muy limitado (como en el caso de los escultores que emplean asistentes o en instituciones de enseñanza donde «el profesor puede no ser más que fuerza de trabajo para el empresario de la *learning factory*» o incluso cuando productores culturales independientes trabajan para un capitalista mercantil el que sólo tiende hacia un modo de producción capitalista «en el sentido formal»). De cualquier forma, Marx considera el fenómeno como periférico, pudiendo ser «ignorado cuando se considera la producción capitalista como un todo» (Garnham 1979 b, p. 39).

trabajo o, fundamentalmente, formas capitalistas y no capitalistas de aquella producción. Este último tipo de oposición tiene una importancia significativa incluso en la determinación de las formas de lucha entre capital y trabajo en el interior de la industria cultural. Garnham, por ejemplo, recuerda que son comunes, en la esfera de la producción cultural, formas precapitalistas como la producción artesanal o las pequeñas empresas independientes, lo que puede ser funcional al capital, que detenta los medios necesarios para la reproducción y distribución a gran escala de los productos culturales y puede servirse de ese tipo de institución para reducir riesgos[18]. De la misma forma, toda la discusión sobre las especificidades de la mercancía cultural que la escuela francesa realiza, se basa en la idea de sobrevivencia de una cierta precedencia del trabajo cultural, herencia de la obra de arte única de la cultura burguesa original.

Esa disolución parcial del trabajo cultural en el capital, desde mi punto de vista, no debe verse tanto como un impedimento a la expansión de la lógica capitalista sino, fundamentalmente, como un límite móvil, cuya superación traza una trayectoria de adecuación progresiva entre las exigencias de acumulación capitalista y las resistencias del campo de la cultura. Es claro que el resultado de esa tendencia no puede preverse con precisión, sobre todo porque hay asimetrías fundamentales entre los diferentes sectores de producción cultural más o menos industrializados.

Dejando de lado ese problema, podemos extrapolar la idea más allá del campo estricto de la industria cultural considerando el conjunto del trabajo intelectual[19], y sostener la hipótesis de que lo que vivimos hoy es un momento tan importante de la historia del capitalismo como fue el de la revolución industrial en el siglo XVIII. Lo que tenemos ante nuestros ojos puede entenderse como la génesis de un capitalismo total, punto de llegada de un largo proceso de transformaciones. En la nueva situación que se diseña, las formas de manifestación de las leyes inmanentes de la producción capitalista pueden ser radicalmente distintas e incluso contradictorias en relación a aquellas que prevalecieran hasta entonces, pero el fundamento se impone de cualquier forma, lo que vuelve más actual que nunca el estudio de la contribución marxiana.

Incluso es posible decir, radicalizando la hipótesis, que si en el capitalismo monopolista (como quiere Habermas, entre otros) la intervención generalizada del Estado «cuyo objetivo inicial era universalizar la forma mercancía, termina por producir un efecto de 'expropiación parcial' entre los propietarios del capital, hecho que a su vez amenaza las relaciones de

[18] Además de eso «la ideología de la creación puede ser usada por el capital para mantener la fuerza de trabajo dividida y débil y sin control sobre los momentos estratégicos del proceso de trabajo total» (Garnham 1979 b, p. 37).

[19] Incluyendo, por ejemplo, el trabajo de los informáticos, educadores, etc., así como la tendencia actual al aumento de calificación del obrero industrial.

intercambio entre poseedores de mercancías» (Marramao, p. 166), lo que ocurre hoy es justamente lo inverso: el capital se reapropia, también parcialmente, del terreno que habría sido «cedido» al Estado en la fase anterior. Es lo que ocurre con el neoliberalismo y la globalización en curso.

Para esclarecer mejor el punto, es interesante *citar* la interpretación, muy cercana de Habermas en este punto, que Rui Fausto hace del significado de la existencia de un sector productivo estatal en el capitalismo monopolista:

> La prioridad de los elementos del capital, presuposición del capital en cuanto tal, pasa por una mutación: ya no la asumen los capitalistas individuales sino el Estado... Es porque se modifica el carácter de las presuposiciones del capital que la naturaleza del propietario del capital cambia. Más precisamente, es mucho más claro aquí que en el caso de las sociedades por acciones (en que el propietario sigue siendo propietario) que se debe hablar de expropiación de los capitalistas en el interior del capitalismo, negación del capitalismo en el interior del modo de producción capitalista. En efecto, más que en el caso de las sociedades por acciones, tenemos una especie de repetición de la supuesta acumulación primitiva, que es en realidad una expropiación primitiva: la separación entre propietarios de los medios de producción y algunos de esos medios –pero esto en el interior del sistema–... Tendríamos entonces la expropiación de los expropiadores, en el interior del capitalismo –es decir, en provecho de un nuevo tipo de capitalista– (Fausto, p. 326 y ss.).

Si es posible hablar, en esta situación, de una acumulación primitiva puede concluirse que el capitalismo monopolista, confirmadas las tendencias actuales, representó en la historia del capitalismo un momento de centralización estatal que creó las condiciones necesarias para la expansión del capital privado en un momento posterior. Así como al absolutismo sucedió, después de la revolución industrial, el Estado liberal del capitalismo competitivo, se puede suponer que a la centralización estatal del capitalismo monopolista sucederá, luego de los cambios estructurales en curso, una fase de expansión inusitada de un capitalismo total que restituya el fundamento negado en la fase inmediatamente anterior. Esa es la base concreta de la ideología neoliberal. Nótese que la conclusión es diferente pero no incompatible con la de Fausto. El hecho es que lo que se vive hoy es la superación del capitalismo monopolista y una cierta inversión de la tendencia a cuestionar el funcionamiento del sistema sobre lo cual insiste Habermas. El fundamento se restituye pero el monopolio permanece, lo que explica el carácter potencialmente catastrófico de las crisis posteriores de los movimientos descontrolados del capital financiero internacional y remite, más de una vez, al tema de las posibilidades de ruptura del sistema.

Soy consciente de que la interpretación aquí sugerida escapa, en buena medida, al sentido común académico de este momento. Pienso, como se puede deducir de lo anterior, en una segunda y no tercera ola, lo que implica la necesidad de definir las transformaciones estructurales en

términos de una revolución del modo de producción. Me arriesgo a afirmar que esa revolución se da justamente en el movimiento de sumisión del trabajo intelectual. Eso significa que la clase obrera del futuro estará constituida por artistas, periodistas, informáticos, educadores, ingenieros. Una clase obrera con alto poder de negociación y numéricamente reducida en relación a una masa de excluidos, fruto de la globalización así como de la miseria que diferentes autores han apuntado. La situación es obviamente muy distinta de la que se vivía en tiempos de Marx pero los términos de la ecuación son en esencia los mismos.

Tomemos, por ejemplo, la ley general de acumulación capitalista. Marx es absolutamente claro al apuntar la mutua solidaridad que se da entre los procesos de acumulación, concentración, centralización y aumento de la competencia. Por un lado, «la centralización completa la tarea de acumulación, capacitando al capitalista individual a ampliar la escala de sus operaciones. Es igual si el efecto económico de esa ampliación proviene de la acumulación o de la centralización. Y tanto hace que la centralización se realice por la vía compulsiva de la anexión ... o mediante la fusión de capitales ya consolidados o en formación» (Marx, p. 728 y ss.). El sistema de crédito potencializa tanto esa centralización (fruto de la «fuerza de atracción» existente entre los capitales individuales) como la acumulación, es decir, la concentración de la riqueza social bajo la forma de capital, lo que se relaciona con el aumento del número de capitales individuales y, por tanto, la «fuerza de repulsión», de fragmentación del capital social.

Esa dinámica contradictoria se resuelve en el interior de una tendencia expansiva, pautada por crisis más o menos profundas, ligadas a cambios más o menos importantes del sistema. Uno de esos cambios, de gran importancia, derivado directamente de los procesos de concentración y centralización del capital descritos por Marx, se dio justamente con la reestructuración sucedida a partir de la crisis de 1873 a 1896, momento de la génesis de lo que se acabó conociendo en la literatura marxista como capitalismo monopolista.

Ese cambio, ligado al desarrollo de un *cluster* de innovaciones tecnológicas de enorme amplitud, que se desdoblaría a lo largo del siglo XX, es fruto del surgimiento de la gran empresa capitalista, de la sociedad por acciones, del gran capital financiero, punto culminante de los procesos que operaron en el sistema durante todo el siglo XIX. Las consecuencias de esa transformación cualitativa fundamental son enormes, afectando la economía, la política y la cultura mundiales, transformando los modos de vida, las visiones de mundo de grandes masas, provocando guerras y catástrofes sociales inimaginables, rompiendo el equilibrio del poder anteriormente conquistado (aparentemente tan sólido), haciendo surgir nuevas potencias, nuevos sistemas, nuevas hegemonías.

Desde el punto de vista del sistema productivo, prevalecerá el paradigma de la producción en masa, lo que exige consumo de masas y masificación de la comunicación, para atender los intereses de la publicidad. Por otro lado, al desarrollo de la gran empresa y de la línea de montaje corresponde la expansión de los grandes sindicatos y de los grandes partidos políticos de masas, partidos obreros ideológicamente constituidos, actores incontrastables de la escena política mundial. Al final de la Segunda Guerra Mundial se establece, finalmente, un patrón de desarrollo del sistema que permite, dado el llamado equilibrio del terror entre los dos bloques opuestos, una expansión inusitada del sistema, empujada por los sectores de bienes de con sumo durables (especialmente automovilístico, eléctrico de masas y de la construcción civil, esta última fuertemente apoyada en las políticas del *Welfare State*), basada en una tecnología estabilizada, en un sistema de regulación estatal y de financiamiento de la producción y consumo compatibles con el paradigma de la masificación. A la hegemonía (económica, política, militar y cultural) absolutamente inédita de EE.UU. en el interior del bloque occidental correspondían las responsabilidades de ese país en cuanto dueño de la moneda mundial y guardián de la salud del conjunto del sistema.

Una clase obrera con alto poder de negociación y numéricamente reducida en relación a una masa de excluidos.

La globalización es fruto de esas condiciones. Desde el punto de vista de la producción, se trata del movimiento de internacionalización iniciado con la expansión de las multinacionales americanas, inicialmente en dirección a Europa y Japón e inmediatamente, hacia América Latina y el resto del mundo. A esa primera expansión multinacional de la gran empresa americana, le sigue la de las empresas de Europa y Japón. Desde el punto de vista del capital financiero, la globalización también es fruto de ese periodo, en particular, de las consecuencias de los déficits en la balanza de pagos que EE.UU. pasa a acumular a partir de finales de los años 60, cuyo potencial destructivo ya fue comprobado más de una vez, inclusive durante el año negro de 1982, cuando el conjunto de los países endeudados del Tercer Mundo tuvo que rendirse a la irresponsabilidad de la política de reconquista de la hegemonía americana del gobierno de Reagan.

Pero volvamos a la ley general de acumulación capitalista. El progreso técnico que acompaña, en el largo plazo, el proceso de acumulación se traduce, como consecuencia del aumento de la composición orgánica del capital que lo acompaña, en el surgimiento y expansión de un ejército industrial de reserva, el elemento central de la ley en la formulación final de Marx:

> Cuanto mayores son la riqueza social, el capital en función, la dimensión y energía de su crecimiento y consecuentemente la magnitud absoluta del proletariado y de la fuerza productiva de su trabajo, tanto mayor el ejército industrial de reserva. La fuerza de trabajo disponible se amplía por las mismas causas que aumentan la fuerza expansiva del capital. La magnitud relativa del ejército industrial de reserva crece por lo tanto con las fuerzas de la riqueza, pero, cuanto mayor es el ejército de reserva en relación al ejército activo, tanto mayor la masa de la superpoblación consolidada, cuya miseria está en relación inversa del suplicio de su trabajo. Y, además, cuanto mayor esa camada de lázaros de la clase trabajadora y el ejército industrial de reserva, tanto mayor –usando la terminología oficial– el pauperismo. Esa es la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista. Como todas las otras leyes, es modificada en su funcionamiento por muchas circunstancias que no nos cabe analizar aquí (Marx, p. 747).

En las condiciones dominantes durante los gloriosos 30 parecía que esa ley ya no se aplicaba. No sólo el desempleo desaparecía, sino que la clase obrera conquistaba, en los países desarrollados, patrones de remuneración y de bienestar que contrariaban la tesis del crecimiento de la miseria con el avance de la acumulación. De hecho, la argumentación de Marx se construye para explicar un mundo en que la clase obrera crece y tiende a constituir la mayoría de la población, al mismo tiempo que el progreso técnico amenaza el empleo de la mayor parte de esa clase. La ortodoxia marxista de la Segunda Internacional estaba basada justamente en la perspectiva de una evolución del sistema: esa tendencia llevaría naturalmente a la maduración de la contradicción fundamental y a la revolución socialista, la cual, en esa perspectiva, sólo podría suceder en países del capitalismo desarrollado[20]. Pero la evolución del sistema a lo largo del siglo XX se dio de forma diferente de la prevista por Engels, Kautsky y el propio Marx.

Las políticas keynesianas, adoptadas a partir de los años 30, garantizaban el pleno empleo, al mismo tiempo que la reducción de la masa campesina no incrementaba el proletariado industrial sino otros sectores urbanos no ligados directamente a la producción. Aparecieron las llamadas nuevas clases medias, las estructuras de empleos y de remuneración se complejizaron, los funcionarios públicos aumentaron en proporción al crecimiento de la importancia del Estado como regulador y como productor directo, surgió una nueva clase trabajadora, nuevos movimientos sociales, nuevas contradicciones. La nueva estructura social

[20] Sin romper completamente con esa perspectiva, el leninismo levanta la bandera de la alianza obrero –campesina articulando la vieja ortodoxia marxista con la tradición del populismo ruso, para crear la nueva ortodoxia de la Tercera Internacional, cuya efectividad fue realmente impresionante, promoviendo revoluciones comunistas por todo el mundo, siempre en países que no podrían ser considerados de ninguna manera como capitalistas desarrollados. De cualquier forma, fue posible encontrar en Marx apoyo a las tesis de una revolución socialista en países como Rusia, por ejemplo en la famosa carta a Vera Zasulich. Sea como fuera, el propio Len in procuró compatibilizar su pragmatismo revolucionario con la vieja ortodoxia, formulando la conocida tesis de las dos revoluciones.

en el capitalismo monopolista se evidenció sobre todo a partir de los revolucionarios años 60.

A este respecto, el comunismo avanzó en la periferia, promoviendo a veces industrializaciones impensables sin la revolución socialista. El Estado, en estos casos, hizo aquello que la burguesía nacional, inexistente o incipiente, no podía hacer. En otros casos, como en América Latina, ese voluntarismo industrializante del Estado se dio sin la revolución socialista, a favor de la burguesía nacional y de su asociación con el capital internacional y el propio Estado. Las semejanzas entre esas dos soluciones para la industrialización pesada, aparentemente opuestas, deberían ser estudiadas con mayor cuidado. En todos los casos, inclusive en los de los países capitalistas más desarrollados, el siglo XX es el siglo de la expansión del Estado. En el primer mundo en especial, el *Welfare State,* aliado con las políticas keynesianas de garantía del pleno empleo a través del gasto público, fueron capaces de contrarrestar la tendencia propia de la ley general de acumulación capitalista durante los treinta años posteriores a la Segunda Guerra Mundial[21].

A partir de la crisis iniciada en los años 70 esa situación se invierte: el Estado retrocede, el cambio estructural se acelera, el desempleo crece, la miseria avanza. Una miseria fundamentalmente urbana en los principales países capitalistas y en los grandes países industrializados de la periferia. La ley general se impone entonces con toda la violencia, amenazando la estabilidad del sistema a nivel mundial. Es claro que siempre se puede pensar en un nuevo marco regulador, donde la acción del Estado podrá contrarrestar una vez más las tendencias más perturbadoras. Esa parece ser, sin embargo, una posibilidad cada vez más remota pues la globalización económica reduce brutalmente la capacidad de acción del Estado nacional, especialmente en lo que se refiere al control sobre el capital financiero, principal elemento perturbador.

En esas condiciones, el análisis marxiano del capitalismo se muestra de la mayor actualidad, aunque para hacerlo correctamente sea necesario releer a Marx con los ojos puestos en el siglo XXI y no, obviamente, en el XIX[22]. La digresión sobre la ley general de la acumulación capitalista sólo

---

[21] En los términos del propio Marx, la ley es «modificada en su funcionamiento» por circunstancias que obviamente no cabía analizar en los límites del libro primero de *El capital.*

[22] Un tema para el debate es el de la mayor o menor adecuación del paradigma de la segunda o tercera internacional en la situación actual: al final ¿vale la tesis de la alianza de las dos (o tres) clases o la redefinición en curso apunta hacia una situación semejante (aunque obviamente, mucho más compleja) a la prevista por la vieja ortodoxia, marcada por la madurez de la contradicción fundamental? Pero, en este caso ¿qué contradicción es esa? La hipótesis desarrollada arriba apunta a una redefinición de los términos de esa contradicción tanto por la proletarización del trabajo intelectual y el surgimiento del llamado intelectual parcial como por la «intelectualización» (recalificación) del

ejemplifica la adecuación del referente marxiano a la comprensión de la situación actual del sistema. La consideración de la globalización no origina dificultades, puesto que el análisis de Marx del capitalismo hecho en su obra mayor, está referido al capital en general, siendo por tanto válido para el estudio de casos nacionales y del sistema como un todo. Es claro que la consideración de situaciones concretas como esas exige un perfeccionamiento del instrumental, lo que hoy pasa esencialmente por la cuestión de las relaciones entre capital y Estado, entre culturas nacionales y cultura capitalista mundializada, entre local y global, espacio y tiempo, territorio y redes, economía y cultura.

> En todo caso, no se puede olvidar la diferencia entre las leyes y sus formas de manifestación. Es preciso, en cada situación, esclarecer... el modo cómo las leyes inmanentes de la producción capitalista se manifiestan en el movimiento de los capitales particulares, cómo se imponen coercitivamente en la competencia y surgen en la conciencia de cada capitalista bajo la forma de motivos que lo impelen a la acción (Marx, p. 364). Sea como fuere, el análisis científico de la competencia sólo es posible después de comprender la naturaleza intrínseca del capital, del mismo modo que sólo podemos entender el movimiento aparente de los cuerpos celestes después de conocer su movimiento verdadero que no es perceptible a los sentidos (ibíd.).

Todo el desafío reside ahí.

Bibliografía citada

Collins, R., N. Garnham y G. Locksley: *The economics of television: the UK case,* Sage, Londres, 1988.

Coutinho, L.: «A Terceira Revoluçao Industrial e tecnológica: As Grandes Tendências de Mudanças» en *Economia e Sociedade* vol. 1, 8/1992, I.E./UNICAMP, Campinas.

Bolaño, C.: «Privatizaçâo, Mundializaçâo, Trans-Regulaçâo: O Desafio Atual das Telecomunicaçoes», IESP/FUNDAP, San Pablo, 1992 (mimeo).

Bolaño, C: «Capital, Estado, Indústria Cultural», I. E/UNICAMP, Campinas, 1993 (mimeo).

Fausto, R.: *Marx: Lógica e Política,* Tomo II, Brasiliense, San Pablo, 1987.

Garnham, N. (1979a): «La cultura como mercancía» en Richeri: *La televisión: entre servicio público y negocio,* Gustavo Gili, Barcelona, 1983.

Garnham, N.: (1979b) «Contribution to a Political Economy of Mass Communication» en Garnham 1990.

Garnham, N.: *Telecommunications Policy in the United Kingdom,* Sage, Londres, 1985.

Garnham, N.: *Capitalism and Communication: Global Culture and the economics of Information,* Sage, Londres, 1990.

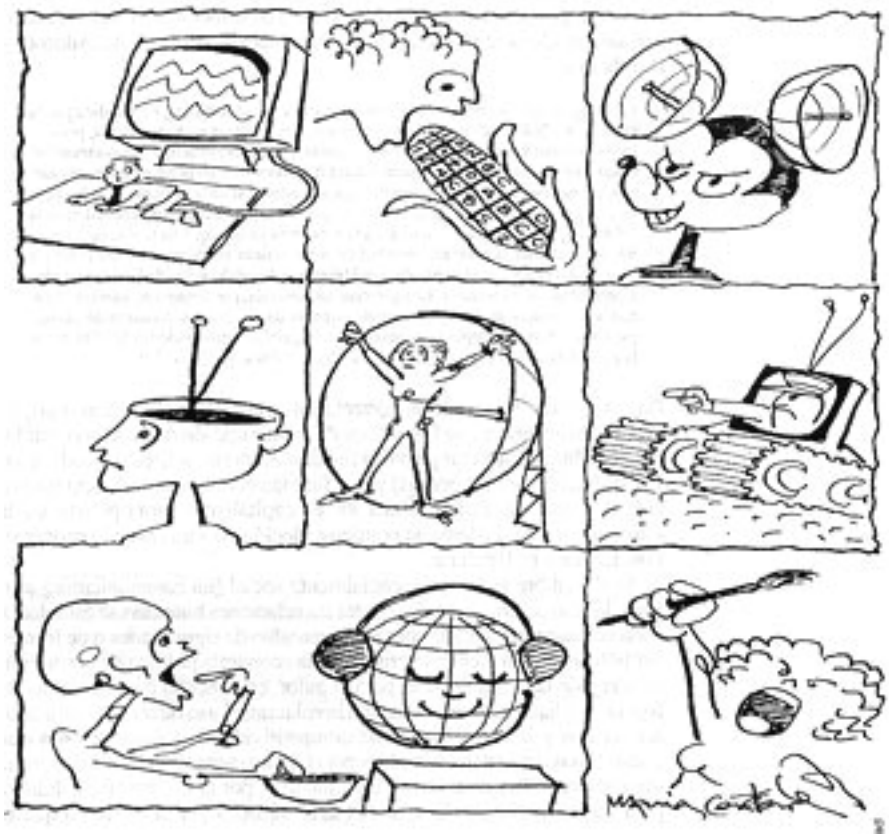
Garnham N. y R. Williams (1986): «Pierre Bourdieu and the Sociology of Culture: an Introduction» en Garnham 1990.

Giraud, A.: «La dérégulation contre les nations» en Castel et al.: *L'ordre communicationnel: les nouvelles technologies de la communication: enjeux et stratégies,* La Doc. Française, París, 1989.

---

proletariado tradicional. Es a partir de aquí que se deben pensar las perspectivas de superación del sistema.

Marx, K. (1867): *O Capital: Crítica da Economia Política,* Civilizaçâo Brasileira, Río de Janeiro, 1980.
Marramao, G.: «Política e Complexidade»: O Estado Tardo-Capitalista como Categoria e como Problema Teórico» en E. Hobsbawm: *História do Marxismo,* vol. XII, Paz e Terra, Río de Janeiro, 1982.
Musso, P. y G. Pineau: *L'Italie et sa télévision,* INA, París, 1990.
Ortiz, R.: *Mundializaçâo e Cultura,* Brasiliense, San Pablo, 1983.
Zallo, R.: *Economía de la comunicación y la cultura,* Akal, Madrid, 1988.





Las ilustraciones acompañaron al presente artículo en la edición impresa de la revista